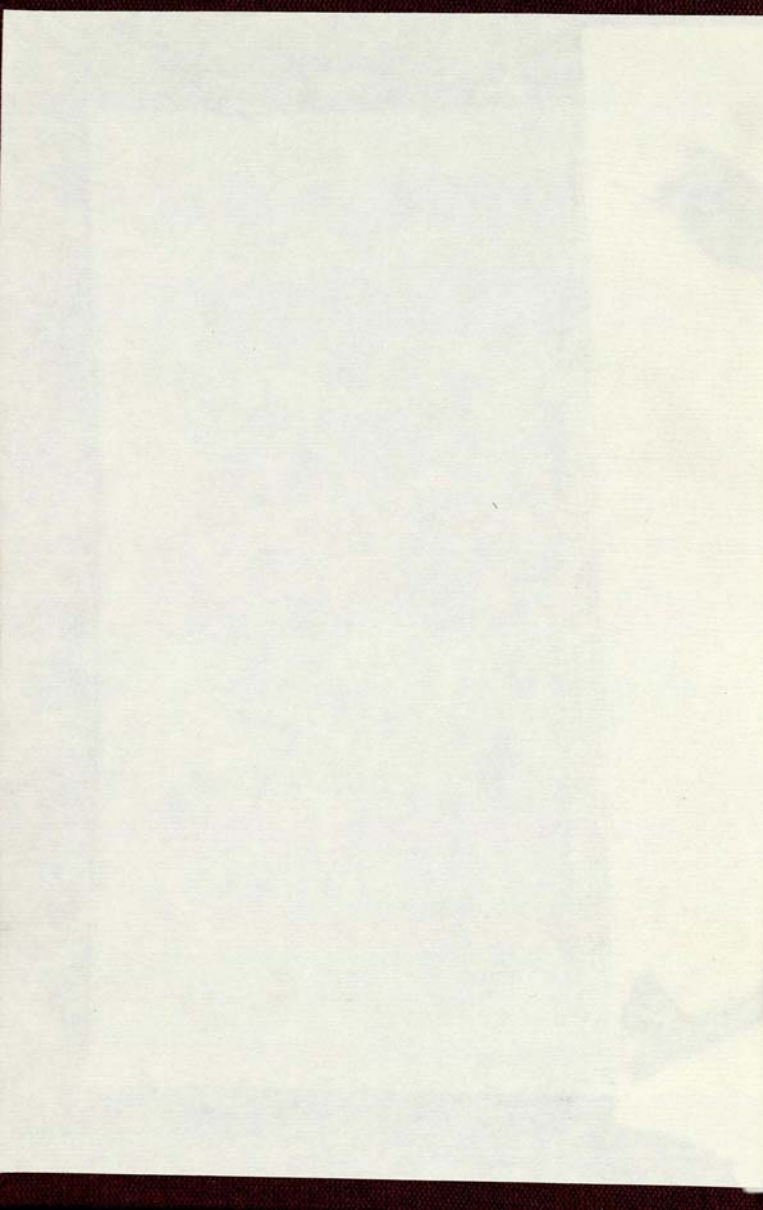

UNO
DE TANTOS

PEQUEÑECES
DE LOS
CATÓLICOS
ESPAÑOLES



PEQUEÑECES.....

de los

CATÓLICOS ESPAÑOLES

por

UNO DE TANTOS.



ADMINISTRACION:

Libreria de Arturo Voltes,

ANGEL, 3, TORTOSA

==
1893



A-1472

R.

51095

Pequeñeces.....

de los

CATÓLICOS ESPAÑOLES.

PEQUEÑECES.....

de los

CATÓLICOS ESPAÑOLES

por

UNO DE TANTOS.



ADMINISTRACION:

Librería de Arturo Voltes,

ANGEL, 3, TORTOSA

1893

*Es propiedad. Queda
hecho el depósito que
marca la Ley.*

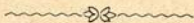


TORTOSA

Imp. P. Fontanet, R. por Biarnés.

~~~~~  
**1893**

## Á MIS ACREEDORES



Os dedico este insignificante trabajo mio, por los muchos de que me sacásteis en tiempos de tan triste recordación para mí.

Si el Señor—cuya gloria he buscado aquí á la par que vuestra utilidad y la mia—bendice mi modesta obra y obtengo algunos beneficios, todo será para vosotros, de quienes tantos y tan grandes ha recibido en los dias de su indigencia,

El Autor.



## ADVERTENCIAS

---

Mi palabra de honor que no hay aquí *gato encerrado*, como suponen cariñosos amigos míos, entre los cuales paso por tan mordaz, que en diciendo yo: «esta boca es mía,» no parece sino que muerdo.

No negaré que tiro á dar, pero sin bala; son taponazos nada más.

Eso de tirar con un *Lebel* y pólvora sin humo, se queda para el ejército francés que, no hace dos años todavía, disparó sobre unos indefensos huelguistas de su país, descendientes de la Revolución del 89, que por lo

visto se come á sus hijos, ni más ni menos que Saturno.

Mi fusil y la *carabina de Ambrosio* y algunas espadas de la Restauración y la de *Bernardo*, allá se van.

Lo de que corro tras el escándalo—como los fusionistas tras el poder—es invención de mis enemigos, que no saben á qué carta quedarse, ni les llega la camisa al cuerpo.

Deseo, con toda mi alma, la unión de los católicos españoles, aunque no me satisfaría la de todos los que oyen misa. El oirla, de más de cuatro, es aquello de quien oye campanas y no sabe dónde, siquiera recen todas las noches al acostarse tres Ave



Marías á la Vírgen para que les alcance una buena muerte, por lo que dicen los refranes, de que, «A Dios rogando y con el mazo dando,» y «Como se vive, se muere,» y, claro está, para morir bien, darse *buena vida*, que la Vírgen hará lo demás.

No consiste todo en oír misa y en rezar, sino en hacer bien estas y otras cosas y abstenerse de las prohibidas por Dios y su Iglesia.

En uno de los numerosos opúsculos á cual mejores, del ilustre Monseñor Segur, sale á relucir un esforzado general francés, que confundía la santa misa con las Vísperas.

Puede que no haya entre los

nuestros un general tan poco versado en estas cosas, como el *gabacho*; pero abundan los particulares, que no saben de la misa ia média.

En cuanto á los que *rezan entre dientes*, acuérdome de cierto pasaje del famoso Ruy Diaz de Isla, segun el cual, á la vuelta del primer viaje de Colon al Nuevo Mundo, atemorizados los españoles con la *serpentina*, dolencia grave y desconocida, se acogian á muchos ayunos y limosnas, para que les guardase Dios de la enfermedad.

Si se hubieran expuesto á contraerla, ¿hubiésenles valido de mucho—salvo casos providenciales—tantos ayunos y limosnas?

Los católicos españoles de medio cuerpo arriba ó abajo que no practican lo que creen,—aunque se las echan de puros y buenamente se los fuma el diablo,—no pueden trabajar de veras por nuestra suspirada unión; claro que no.

Ni con los mestizos á la hipótesis, ni con los carlistas al campo. Con unos y otros á la Ciudad Eterna como soldados de la gran Legitimidad y sin andarnos por las ramas, así sean borbónicas, que ahora se trata de servir á Dios por el camino de la unión de los católicos españoles, honestamente desentendidos de nuestras diferencias civiles atañederas á lo accesorio en esta en-

carnizada lucha de la masonería y sus aliados con el catolicismo. Hé aquí mi programa.

De lo que digo en este pasatiempo, no responden tirios ni troyanos, así arda Troya, que probablemente arderá.

Lo he titulado PEQUEÑECES..... DE LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES, pero nada tiene que ver con las famosas del P. Coloma y el supuesto proyecto de los Jesuitas y Nocedal, de fundar en España una república católica, por el estilo de la del Paraguay, de que nos habló sin reirse uno de los hombres de peso del partido carlista.

Vengan ahora críticas más ó menos incongruentes.

Las espero cruzado de bra-

zos y contestaré á su debido tiempo.

Romperá el fuego, de seguro, un semanario de Tortosa dedicado á la juventud, el único número del cual que yo he leído de cabo á rabo, traía un artículo ininteligible de un señor Castillo, sin *castellano*, por supuesto, pero así me saliera un Clarín sin entrañas capaz de vender «Su único hijo» (1) por cuatro pesetas; yo *tan tranquilo*.



---

(1) Novela de Clarín, que confieso no haber leído y en opinión del P. Muiños, Agustino del Escorial, es un montón de porquerías naturalistas.

Mi conciencia me dice que podré hacer una obrilla literariamente mala; más aspiro á hacer una acción moralmente buena; y si es que hablo de mí, Dios me es testigo de que lo hago á desgrado y con angustia; mas lo hago porque he llegado á creer que dando cuenta á mis lectores hasta de mis pensamientos más íntimos y, digámoslo así, arrojando delante de ellos mi corazón, me creerán más fácilmente . . . . .

¿Qué no veis que los tiempos se adelantan, y las tinieblas se espesan, y el día de la lucha se aproxima, y que no podemos permanecer así miserablemente enredados en cuestiones miserables, griegos del bajo Imperio, que no acaban de charlar mientras los bárbaros golpean con sus hachas las puertas de la ciudad?

Lo que debe hacerse ahora, es irse acercando y entendiendo todos los hombres que sean católicos, hayan militado en cualquier campo y bajo cualquier bandera. ¡No, hermanos míos! olvidando lo que pasó, atended sólo á los dolores de la Iglesia y de la patria.. . . .

«El Rey de España» por D. Antonio Aparisi Guijarro.

Como no toco pito ni flauta en la música de alabarderos de la república literaria, salgo á la calle sin acompañamiento de *bombo*.

Acaso me lo den ahora los críticos de caramelo, empalagosos por lo dulzones, que han tocado la marcha real á escritores casi tan malos como yo. Peores no los hay ni entre los académicos de la Española, malos *per se*, que han llegado á codearse *per accidens* con Menéndez Pelayo y Valera y estropean el castellano, como yo en este trabajillo.

Y cuidado si hay académicos de la *legua*, digo, de la Lengua, que vuelven al revés las cons-

trucciones gramaticales más al alcance de los chiquillos de la escuela, como la mayoría de los contribuyentes españoles vuelve del otro lado sus prendas de vestir usadas y deslucidas del derecho, por ahorrarse unas pesetejas con que alimentar la voracidad insaciable de nuestros hacendistas, cuyo sistema de tributación comparaba un amigo mio con el de *los siete niños de Ecija*.

La literatura española contemporánea tiene sus mozos de cordel, que, jadeantes y sudorosos, depositan su abrumadora carga en un portalón de la famosa calle de Valverde,—Madrid,—tras de muchos años de luchar



á brazo partido con la Gramática y la poesía.

Más de cuatro reclutas disponibles del batallon sagrado de las letras hispano-americanas, de guarnicion en la villa y córte y á las órdenes de cierto general traductor del Dante, que por pecados de la poesía se le fué el santo al cielo, en los dias de la revolución de Septiembre, cuando el primer *serrano* del mundo jugó á Isabel II la partida serrana de Alcolea, se dan de puñetazos con las Humanidades, y revientan á la humanidad y escriben libros, que ni por libras á cincuenta céntimos arroba los quisiera yo para mi modesta biblioteca.

¡Si de la casaca con bordados del académico al ropaje de la belleza, va casi siempre más que de Fabié á Menendez Pelayo!

Que me tocarán algo los críticos de tres al cuarto, ya lo sé; siquiera el *trágala* en todos los tonos.

Gracias á Dios, que les mando por adelantado con la música á otra parte.

A la marcha real, solo tienen derecho los príncipes de la literatura (sin distinción de sexos, D.<sup>a</sup> Emilia), los legítimos, claro está; que tambien hay en la literatura soberanías usurpadas.

Afortunadamente, nadie como yo mismo para ponerme como digan dueñas; y ahora sí que no va nada con la Pardo Bazan.

Si me burlo hasta de mi sombra, que, por lo mala, daría celos á la de D. Cristino Mártos, el manzanillo de la política liberal española contemporánea, orador olímpico y eminente jurisconsulto, quien aleccionado por un famoso tratadista de la moderna escuela penal italiana, que mira como indicio de criminalidad la falta de barba en los hombres, consiguió tener una bastante poblada para no inspirar desconfianzas en altas regiones, á la hora de aquella voltereta con que tan diestramente salvó la *distancia honestísima*, como una vestal de guardarropia, que le separaba de la Restauración.

Por sabido se calla que soy el

último de los *escribidores*. Dos amigos míos, en competencia por servirme, se han encargado de la prosodia y la ortografía de mi folleto.

A mí se me va todo en poner los puntos sobre las *ies* á los católicos españoles en general y en *acentuar* algunos cargos contra los mestizos y los carlistas en particular, que no están hechos malos *puntos*, «vamos al decir».

Ni aun atino con las mayúsculas cuando las necesito, y en estorbándome las *muy señoronas*, tropiezo con ellas á cada paso y hay cuartilla mia que parece una *sopa de letras*.

Díganmelo por Dios el erudito investigador bascongado señor

Becerro de Bengoa y el antiguo barricadero y ahora personaje de la masonería y la Restauración señor no sé cuántos Becerra, si al becerro de oro de que hablo, á propósito de los mestizos, le vendria mal una B grande en lugar de la pequeñita de cualquiera becerro mate, por ejemplo.

Pues digo, digo, si de las mayúsculas y minúsculas pasamos á la V de corazon ó francesa, que, segun el descubrimiento de un paisano mio muy docto, gran escritor, filólogo y crítico, historiador y costumbrista, el señor D. Arturo Campion, mi querido amigo de la niñez, no existe, ni para un remedio, en el antiguo

alfabeto eúskaro; ¡por vida de Basconia!

Sobre todo que no se peleen mis dos amigos correctores, como dias atrás lo hicieron dos ilustraciones de la Universidad de Buda-Pesth por si se escribe Atila con una t ó con dos; ¡desafiarse por una t! ni por todo el té de la China me batiria yo en desafio.

Para los nérvios, mucha tila, señores húngaros. ¿Acaso no la tiene Atila? ¿Pues á qué pedir t más ó menos?

Qué hombres tan quisquillosos estos dos húngaros. (Húngaros con H tamaña, no se me coman vivo, por habérmela comido yo, los profesores de t. t. y W).

¡Y á mí qué se me dá tan poco de la ortografía!

Ni el marqués de Pidal, nuestro embajador en el Vaticano, sabe pizca de diplomácia, ni yo sé una palabra de Gramática castellana.

De la *parda*, murmuran mis amigos que soy maestro consumado. ¡Quién hace caso de murmuraciones!

Aunque lo fuese, no me valdria en esta ocasión. «Al maestro, cuchillada», dice un refran, y más de cuatro caballeros andantes de la lealtad carlista de real órden, enamorados de la señora de sus pensamientos, que no es, ni mucho menos, la de los míos, me acuchillarían con

más gusto que Villaverde y Oliver á los estudiantes de Madrid, en día de revolucion escolar.

Los escritores y los diplomáticos *per accidens*, podemos ir á *Roma por todo*.

¿Qué sería del marqués de Pidal y de mí, sin la *hipótesis* canovista?

Ni el señor marqués hubiera *salido con una embajada*, ni yo con estas páginas insustanciales, en que la *hipótesis* paga el pato. No todo él, por supuesto; que tambien hay católicos españoles enemigos de la mesticeria que meten la pata y han de pagar aquí su correspondiente racion de pato.

«No hay mal que por bien no



venga», dice un adagio, y es verdad, sobre todo tratándose del mal menor. No menor de edad como Alfonso XIII que, aunque fuese un mal para los españoles, no sería el de que hablo yo; sino de «El mal menor», inspirada obra de Santo Tomás, henchida de celestiales armonías entre la justicia y la caridad, cuyos motivos, torpemente desarrollados por D. Alejandro, el famoso director de orquesta del Teatro de la Representación nacional, han servido al *maestro* Cánovas del Castillo para un bailable de masones y de carlistas renegados adoradores del becerro de oro.

¡Qué tomistas de pega, los que le ponen un *mandil* á Santo

Tomás, como si el Angel de las Escuelas, fuese un marmitón de la cocina conservadora y, á la lumbre de la filosofía cristiana, pudiera hervir la olla podrida de los católicos liberales, que tienen el secreto de sus convicciones en el estómago! Y el poderoso h.:. *Barceló*, que ha corrido todos los mares de nuestra política contemporánea, y no hace mucho *se arrojó á la mar* con el Director de «El Resúmen» y por poco naufraga de veras á *tiro de pistola*, como quien dice, del estanque grande del Retiro; ¿no tiene su *mandil* al servicio de la mes-ticeria, sin que los pidalinos entrometan en el *negocio* de las lógias á Santo Tomás, ó la *Esco-*

*lástica* se les antoja, por ventura, una señora sin rival en aderezar ensaladas que les abran el apetito para devorar, con menos riesgo de indigestiones, á la pobre res descuartizada, (la *res pública*, en expresión de Alonso Martinez) el macho cabrio de la Restauración inhumanamente cargado con todas las monstruosidades de la cópula del masonismo con la mesticeria?

¡Señor Pidal!, ¡Señor Pidal! Se necesita todo el génio de la elocuencia, que tan soberanamente realza vuestra erudición filosófica en el grandioso monumento levantado á Santo Tomás por vuestros entusiasmos de apóstol del espiritualismo cristiano, para

justificaros como gobernante comprometido con masones, en una situación que pugna con el catolicismo, la guerra contra el cual ha llegado á ser el primero de los deberes del *fracmasón*, según dice un periódico poco sospechoso, «Le Journal des Débats», al ocuparse, no hace mucho, en la celebración, este año, de la asamblea anual de todas las lógias sometidas á la obediencia del Gran Oriente de Francia.

¡Señor Pidal!, ¡Señor Pidal! Por vuestros discursos esmaltados de flores, como los cármenes granadinos y los jardines de Valencia, en el día de los desposorios de la Primavera con el sol, y vuestro libro de oro en elógió

del filósofo por excelencia del cristianismo, brillareis en el esplendoroso cielo del arte, como una estrella resplandeciente ó como una constelación, ó una nebulosa de mundos, como querais, *grande hombre*; que ni escatimo á nadie su gloria, ni muerdo en el talón del *génio*.

Pero la palabra más elecuenta, palidece ante la elocuencia de los hechos.

¡Señor Pidal!, ¡Señor Pidal! Enamorado como un frailuco, de la España del siglo XVI, que abatió el poderio de los enemigos de la Cruz, escogísteis, con singular acierto, el asunto de vuestro discurso de recepción en la Real Academia Española, y en testi-

monio de vuestros amores y prenda segura de las riquezas con que acrecentaríais el tesoro de nuestra lengua, ofrecísteis á vuestros nuevos compañeros una joya deslumbradora con todos los reflejos de aquella España de la Inquisición, en la cual, como en gigantesco crisol, se fundieron los innumerables montones de oro levantados en los caminos de la gloria por nuestro génio nacional.

Y antojándoseos tan extraordinaria grandeza una fantasía, esclamáis:—«Que ensueños y no otra cosa parece la historia de aquella España, que después de haber contrabalanceado con su valor el poder de Roma y de Car-

tago; después de haber asombrado al imperio con el esfuerzo de sus mártires, con el saber de sus filósofos, con la inspiración de sus poetas y con el génio de sus Emperadores; después de haber iluminado la Cristiandad con el reflejo de su brillo en el siglo de oro de la España-goda, reducida por la traicion á los tenebrosos antros de una cueva, desciende como un alud de las nevadas montañas del *País de los torrentes*, y arrollando al África y al Asia y á Europa entera en ocasiones, hace del Mediterráneo un lago español que no pueden surcar los peces si no llevan sobre sus escamas las barras de Cataluña, asombra con el estruendo de sus

espadas, que *despiertan* chocando sobre la tierra, las regiones clásicas de Italia, de Grecia y del Oriente, arranca del cielo de la victoria el astro de la Media Luna, para hacerlo trofeo de sus plantas, y rompiendo las columnas de Hércules que cierran el paso á la impetuosidad de su génio, cabalga sobre las tempestades del ignoto Occéano, hace del Nuevo Mundo una simple colonia Española, y engarza el sol en la corona de Castilla, para que alumbre sin cesar los dominios que rige el poderoso cetro de sus Monarcas.»

¡Bien! ¡Muy bien, señor Pidal!

¡Soberbio! ¡Piramidal!

Soberbio párrafo, claro está;



¿os había de llamar yo soberbio, aunque supiéseis más que Leibnitz, y el ilustre P. Mariana diga, en uno de sus castizos libros, que la última camisa de que se despoja el hombre sábio es la soberbia? ¿Soberbio vos? eso faltaba.....

En hora buena que lo sea Cánovas del Castillo, el estadista, por antonomasia, de la Restauración y *verdugo* de las provincias Bascongadas, á las cuales arrebató sus libertades, porque para *fueros* y desafueros bastan y sobran con los del político sin entrañas, desatentado y ambicioso, que halagó la soberanía popular en el manifiesto de Manzanares y la escarneció en

el Congreso, á la hora del *sombrerazo*, y en reciente motin de las verduleras de la Corte, de ingrata memoria para el marqués de Bogaraya, estimó los derechos del pueblo en un *perro grande*, y el mejor dia se lo echará, (1) y hasta se atreve con el Espíritu Santo; díganlo el Padre Mon y algunos otros menos graves, pero muy celosos de su ministerio apostólico, perseguidos y condenados por el más funesto de los personajes de la monarquía restaurada, que por ser

---

(1) Puede que no, porque ha venido el *tio Paco* con la rebaja, y hoy por hoy, gracias á la recta *conciencia* de Villaverde, á la buena *memoria* de Dato y á la mala voluntad—según se dice—de Silveira, el pueblo de Madrid no le tiene miedo al *perro* de Cánovas.

(Nota de última hora).

en todo el primero, es el mayor mónstruo de soberbia de la España liberal y masónica, en vísperas de la bancarrota bajo el poder de D. Antonio Cánovas del Castillo, á quien á soberbio, (1) acaso no le gane mas que Lucifer, cuyos imitadores, los liberales de todo el mundo, son los hijos de la soberbia. ¡Si será liberal D. Antonio!

Mas á D. Alejandro Pidal y Mon, porta-voz del impío señor Morayta en el Paraninfo de la

---

(1) Me refiero al político satisfecho y desvanecido de sus prendas, con desprecio de los demás. El ilustre poeta de las *Doloras*, en su primoroso folleto titulado «Cánovas», pondera la modestia de D. Antonio por lo que hace á la vida privada del Sr. Cánovas del Castillo: *Suum Cuique*.

Universidad Central y Presidente del Congreso de los Diputados, en las postrimerías del *sistema*, no le tengo yo por soberbio, antes bien por humilde entre los humildes, que después de sus ponderaciones de la España de la *Inquisición*, se *satisface* con la nuestra malaventurada, donde tantas apostasías y tantos cambios de postura (y otros de metales preciosos), generosamente pagados con los restos de nuestra producción, han *envilecido* el ejercicio del poder en diez y siete mortales años de doctrinarismo devastador y *soberanamente* licencioso, agiotista, flamenco y temblón, entregado á la masonería, la *hipótesis* y las corazo-

nadas, con capitanes como Martinez Campos y Pavía, sábios como Urbano Gonzalez Serrano, Salmerón, Morayta, y Odon de Buen; estadistas como Cánovas y Sagasta; polizontes en las iglesias y los cuarteles y textos vivos corruptores y corrompidos, en la enseñanza; cierre de fábricas y de comercios y emigracion en masa de braceros desfallecidos, y de propietarios arruinados por bandadas de proveedores del Fisco, un ejército valeroso mal organizado (1) y unos cuantos barcos de guerra, tan costosos, como insuficientes para la de-

---

(1) Ni el activo ni las reservas de nuestro ejército están organizadas para la guerra, segun recientes declaraciones del general Bermudez Reina.

fensa de nuestro litoral y el de las posesiones españolas ultramarinas, que pasean, oficialmente, por todos los mares conocidos, el último y ensangrentado harapo de la señora de dos mundos, convertida en ludibrio de las naciones.

Presidir á los elegidos del pueblo, en estos tiempos de decadencia, en que á muchos favorecidos de las urnas no podría soltarles la lengua ni Esopo, que hizo hablar á los animales, ¿había de ensoberbecer á D. Alejandro Pidal y Mon?

Cuando la mayoría de los candidatos y casi todos los *ministeriales*, por supuesto, se me figuran otros tantos *paquetes*..... de

adormideras, encargados á cualquier distrito rural para llenar las indicaciones de la farmacopea parlamentaria, ¿sería cosa del otro juéves el presidirlos? Para Martos, pongo por caso— caso de cólera fulminante—sí que fué cosa del otro juéves: del de pasión.

Ni siquiera parecerían españoles, sino extranjeros, por lo mucho que harían el *sueco*, estos candidatos á la Diputación á Córtes.

Aunque mejor que del de Suecia, por ventura nos pareciesen de los tres *reinos* de la naturaleza: candidatos de plomo y alcornoques y pavos reales y hasta..... pavos céntimos!

Sobre todo, pavos y aves de rapiña clasificados, no por Linneo—sino por el *Estado*, con el haber de siete mil quinientas pesetas anuales para gastos del comedero. ¡Qué *pavoroso* porvenir!

Si me desatáse yo, ahora, contra los candidatos con ínfulas de Mazarinos, que se parecen á los chicos traviesos en lo de no tener *discurso* bueno, sería cuento de no acabar.

Por supuesto, que á los católicos españoles, alejados de la política, nos cabe toda la responsabilidad.

Los *imitadores de Lucifer*, con su *non serviam*, y nosotros, no queriendo servir para nada bue-



no en las mesas electorales, llevamos á los enemigos de Dios á la del presupuesto. Natural es que la paguemos y con propina; como los jugadores de billar las *mesas* que pierden.

Y ¿qué otra cosa están haciendo con nosotros los liberales conservadores y los conservadores liberales ó vice versa, que el orden de factores no altera el producto, y liberales y conservadores nos lo sacan á cual más pingüe? ¿No juegan á *palos* con los contribuyentes, quienes pagan siempre las *pérdidas*?

Aprendamos de los mestizos, que van á las mesas electorales como un solo *hambre*, digo, como un solo hombre, y *botan*,

con V de corazón, por no haberla de estómago en el alfabeto, más que suelen *votar*, con b, las famosas pelotas de Sainz, y tienen la suya en el tejado, pero se la echaríamos, de un revés, fuera del Jai-Alai de la política española, si poniendo término á la nuestra de personalidades y dimes y diretes, quisiéramos ponerlo tambien al festín gubernamental en que la mesticería saca la tripa de mal año.

A la gula de los mestizos y demás liberales, que se nos comen vivos, opongamos nuestra templanza. Contra sus *principios*, los nuestros; de otro modo, nunca llegaremos al fin.

Templanza, caballeros, mucha

templanza por amor de Dios. Pero no la de algunos *templados* de pelo en pecho, que descuelgan su guitarrillo de familia, lo *templan* y allá van canciones guerreras, como irian ellos cualquier dia, *el menos pensado*, quizás, á las filas carlistas á echársela de hombres de *temple*.

Se trata de la lucha legal y de llevar á ella, con decision, armas bien *templadas*. Los católicos españoles, cada dia mas destemplados, les estamos haciendo el caldo gordo á los imitadores de Lucifer, por no templar nuestros corazones en el horno del amor divino eternamente purificador, sino en hornillos encendidos con el fuego de nuestras discordias,

é inservibles para otra cosa que *golosinas* indigestas.

Nos reimos de las Pastorales de los Obispos y de las Encíclicas del Pastor Supremo y..... aquí está la *pastora*, como diría un fosforero.

Templanza, caballeros, mucha templanza contra los gulosos y los golosos de dentro y de fuera de nuestra casa. Nos lo mandan el catecismo, Leon XIII y el Episcopado español, y he querido decirlo yo aquí, bajando el tono, como es de rigor, en el último *monaguillo*.

¡Cuánta simpleza! esclamarán algunos de mis lectores. Pero estoy hablando con simples, que todo lo toman á juego, la

guerra civil inclusive, juego prohibido, si los hay, en que los earlistas están de mala y siempre buscando el desquite. Nada mejor para simplecillos que un simple juego de palabras.

¡Y que no la viene á la mestería, como anillo al dedo, lo que va dicho de la gula, el gran pecado capital de los pidalinos!

Demasiado lo sabia yo, tiempo atrás, en la época de mi modesta colaboracion en un periódico earlista tortosino, á cuyo director, abogado sin ejercicio, se le subió á las barbas el gacetillero mas ramplón de cierto semanario dertosense pidalino y *agarbanzado*, tirando á paja, que solía tirarme al codillo, y entre san-

deces por el estilo, dijo, aludiendo á un querido amigo mio, entonces y ahora, y en aquella sazón mi digno director periodístico, que para ser licenciado en derecho sin bufete abierto por incapacidad reconocida (con lo cual injuriaba manifiestamente á mi querido compañero), preferiría, el muy mesticillo, la plaza de cochero del Sr. Obispo.

Si conoceria yo á los *mestizos*, que quise contestar al extendero de ultramarinos, metido á periodista, con unos cuantos *versos*, casi tan libres como manada de pidalinos, retozando en los alegres valles del presupuesto. Hélos aquí.

Para ser abogado y no hacer nada,

Prefiero ser cochero del Obispo;  
Escribe un periodista de *camama*,  
Que hace poco vendia ultramarinos.  
Tiene mucha razón; está la cuadra  
Cerca de la cochera, y, por lo visto,  
Acercarse al pesebre es una ganga  
Para cualquiera *pensador* mestizo.

A pesar de habérsela ganado,  
con creces, el gacetillero *de mar-  
rras*, no se le sirvió, por escrúpulos  
de mi director, esta *empajada*  
literaria, en que era cosa de irse  
al grano.

¡Qué tiempo aquél de tan apasionadas  
luchas locales, en que  
sentamos plaza de periodistas  
varios aficionados, tan faltos de  
literatura como sobrados de ar-  
dimiento! ¡Y qué manera de  
morder!

Aún había menester andado-

res la mesticeria tortosina, cuando quiso comérseme crudo.

Caso de antropofagia, como aquél, no se habia visto en Tortosa, donde menudean los de *rábia*, y á casi todo el pueblo nos la da la desfachatez de los tres famosos hermanos Gonzalez, principales representantes del caciquismo tortosino, gallos ya y que lo hacen á maravilla, y alguno lo corre, segun dicen, y á la verdad pueden gallear, porque al más pequeño le tenemos de alcalde, (1) los otros dos lo han sido y el mayor nos representa en Córtes; (para los de cuentas

---

(1) A la hora de entrar en prensa estas cuartillas dícese si dimite ó no, por consecuencia de la caída de los conservadores.



del Municipio, no tienen precio estos tres hermanos, al decir de sus calumniadores), y, á propósito de sus gestiones para la construcción del puente de hierro en Tortosa, le dicen sus apasionados enemigos: «alábate, polla, que has puesto un huevo y ese huero.»

Hasta la musa de no sé qué Campoamor en bruto, de nuestro Parnaso local, se arrancó por guindillas, digo, por quintillas, picantes, y refiriéndose con disimulo á un pariente mio, en cuya compañía vivo, empezaba la muy *porqueta*:

Don Ignacio del Palmar,  
Cuando de la guerra vino,

Se dedicó á recabar (1)  
Un empleo, para dar  
De comer á su sobrino.

Tan gallardas muestras de cortesía, me aconsejaron cederles el campo y así lo hice, gracias á Dios.

Del glorioso San Francisco Javier, el más ilustre de mis paisanos, he leído, no recuerdo dónde, que á poco de llegar al Japón y convertir algunas gentes, en la capital del Imperio, se

---

(1) *Dedicó á recabar*, es un dislate  
Y un embuste, además, en este caso;  
Pero, ¿quién lo ha de hacer del pobre vate  
Si en vez de sér poeta, es un petate  
(Que sube, andando á gatas, al Parnaso?  
Si llego á corregir esta quintilla,  
Me sale, casi, digna de Zorrilla;  
Sin el *Ruiz*, por supuesto,  
A Ruiz Zorrilla, no le dá por esto.....)

le echaron encima los *bonzos*, especie de grandes mestizos japoneses, en lo de ambicionar honores y riquezas y toda suerte de prosperidades humanas, y, *escandalizados* de la pobreza del apóstol, acusáronle ante el Emperador, de no tener ni sobre qué caerse muerto. Vamos, el argumento de la mesticería tortosina contra mi humilde personalidad.

Los renegados del carlismo de aquí, que dieron las espaldas á D. Carlos y el vientre al heredero de Alfonso XII, se colocaron á igual *hartura*, como diría un andaluz, por decir altura, que los mesticillos de todas partes.

Viva la patria, y, adelante contra los carlistas y nocedalinos y

republicanos; cantan á coro los mestizos, llevándose las manos á la *barriga*, porque ciertas frases requieren acompañamiento de *bombo*: ¡viva la *patria* y adelante!

Que la masonería la emprende á palos y pedradas con los mal aconsejados gallegos, fervorosos devotos de Nuestra Señora de la Pastoriza, y estorba, contra toda justicia, la peregrinación organizada por un Arzobispo, y acorrala villanamente á los ministros del Señor, ¿tiene qué ver, algo, todo eso, con las nóminas de los empleados mestizos, fieles á D. Antonio Cánovas del Castillo, cuyo gobierno *paternal*, *ajustado* á las enseñanzas de la

Iglesia, enamora tanto á los *Unionistas* católicos? ¡Qué disparate!

Ya se sabe que la *hipótesis* no es la *tésis*. D. Alejandro Pidal y Mon y su lucida y bien alimentada cohorte de mestizos, irían, si se lo consintiese la *hipótesis*, tan allá como los primeros; pero gracias que lleguen á la mitad: la *tésis*, á la Pastoriza; la *hipótesis*..... al *pasto*.

Que alentados los libre pensadores españoles por la impunidad escandalosa de masones y masonizantes en sus ataques al catolicismo en España, se reunen, á voz de trompeta, en la capital de la nacion católica por excelencia, donde tantos blasfemades-



ros públicos viene *tolerando* el Sr. Cánovas, ¿está reñido, poco ni mucho, con la política *cristiana* de la mesticería, que tan bien se compone (¡ya lo creo!) con los procedimientos liberales del partido conservador? ¡Desatino! (1) Que se lo pregunten al Sr. Burgada Juliá que cotejó hace poco tiempo las enseñanzas de Leon XIII,—vertidas en distintas encíclicas, con la conducta observada por los conservadores, *demostrando* que coincidía por completo.....

---

(1) Aunque tarde y con daño y por evitárselos mayores á quien yo me sé,—que no por *divinos* respetos,—los libre pensadores españoles congregados en la villa y corte se quedaron á media miel; pero esto no atenua, como quien dice, la responsabilidad inmensa del partido conservador ante la conciencia nacional.

¿No ha de coincidir, caballeros? — ¿Coincidirian, sino, los Congresos de libre pensadores en España con el nuestro de diputados, en que los mestizos tienen la mesa, presidida por D. Alejandro Pidal y Mon, el gran sacerdote de la mesticeria? ¡Viva la patria y adelante!; la cuestion es llenar el *monago*.

Si en Acequias y en otros pueblos de la provincia de Sevilla y en ciento más de las otras de la Península, verbigracia, Jalón, (Alicante), las autoridades liberales pisotean todas las leyes divinas y humanas, y en Barcelona se hace propaganda escandalosa de obras contra los Jesuitas, á los cuales atribuyen algunos pe-

riódicos de Madrid el movimiento socialista espantoso de Jerez, y se profanan las imágenes de la Virgen en algunos puntos, y en otros, campa por sus respetos el protestantismo más descarado, y en la villa y corte, donde tienen su asiento los altos poderes constituidos, la ola de la pornografía lo invade todo, los garitos aristocráticos *alternan* con las casas de nuestros grandes, el terciopelo se revuelca en el fango, como el percal, y los rugidos de Satanás llaman, por la boca de los blasfemos, la ira divina sobre tan espantosas disoluciones, ¿no protesta valerosamente *La Union Católica* contra la barbarie de la civilización liberal, protectora de



las nóminas de los empleados mestizos?

Que se bate un ministro de la corona, por añadidura mason y cincuenta veces resellado, y el alcalde primero de la villa y corte sigue sus pasos, y asesinan á un concejal republicano, libre pensador é impenitente, y á su entierro *civil* acude una caterva de servidores del municipio Madrileño; ¿tienen que ver algo los pidalinos, con esos ataques á nuestra santa Religion? Mientras á diente no les gane nadie, todo va bueno; que se mueran de risa el Concordato, la Constitución y el Código penal.

«Nosotros, los que somos ya viejos, hemos tenido el honor de

vivir en la atmósfera del ideal; mas hé aquí una nueva raza que cifra toda su gloria y bienaventuranza en el vientre», decía no hace muchos años Godofredo Kinquel, hablando de los *positivistas*.

Me despido de los mestizos con estas elocuentes palabras, que casi les retratan de cuerpo entero. (1)

Duro con la *hipótesis*, duro, sin salirnos de los caminos de

---

(1) Al aplicar yo á los *mestizos* las incisivas frases de Godofredo Kinquel, no quiero que las tome nadie, al pié de la letra. No vive uno, solo de pan y de sobra lo tienen la mayoría de los mestizos y para mí quisiera yo la posición social de casi todos los pidalinos.

Lo del *monago* y lo del *diente* y otras cosillas á este tenor—de tan mal gusto como los nuestros de zarzuela, lo reconozco—no van por el garbanzo mondo y lirondo y el apetito de la comida, ni siquiera por la glotonería; sino por otros *apetitos* y concupiscencias de los mesticillos, de que no hay que hablar, ni al más topo de mis lectores.

la *legalidad*, aunque nos empujen los explotadores de las impaciencias carlistas, á quienes recomiendo encarecidamente la lectura de los otros capítulos de mi folleto. (1)

---

(1) Que no se alarmen, sin embargo, mis queridos compañeros antiguos los partidarios del Sr. Duque de Madrid. No les tengo mala voluntad, y, ni como hablista

(cuidado, cajista,  
con poner *sablista*.....)

quisiera yo mortificarles, y, eso que tan léjos estoy de *darla* de gramático.

Aquél «*echársela de hombres de temple*», que digo, algunas páginas atrás, hablando de los carlistas de pelo en pecho, se me pasó, sin darme yo cuenta, con la misma facilidad que, nuestro diputado á Córtes, el ilustre D. Teodoro, acaba de pasarse de los *rusos* á los *Canovistas*, como asegura un periódico tortosino más amigo de Bosch y Fustegueras que el vecindario de Madrid.

Gracias á que Cánovas *conoce el paño* y aquel *ruso-género calán-vuelto* á última hora, no le servirá, ni para andar por casa, en cuanto D. Antonio arregle la suya de la calle de la *Ortodóxia*.



---

---

## II.

En «El Tradicionalista», de Pamplona, diario católico mesuradísimo y circunspecto, que leo con morosa delectación, encontré, hace dos ó tres meses, una noticia espeluznante, copiada, si no recuerdo mal, de un periódico de Santiago, más guerrero y batallador que Santiago Apóstol el que cerró contra la morisma en Clavijo (si es verdadera la tradición), como cierran contra la historia y el sentido común algunas pobres gentes que confunden un *Napoleón* con un *perro chico*, y, al hablar de la cacareada marcha del Baztan, digna de

Bonaparte, segun ellas, cuentan al general Martinez Campos entre los primeros del mundo, incluso el general Bun-Bun de la *Gran Duquesa de Gerolstein*, que, por lo teatral y bufo, no desmereceria de nuestros generales de *zarzuela* (no se acuerden Vds. ahora, mis queridos lectores, de la titulada «*Los Inútiles*»), por cuya virtud, ó, mejor dicho, por cuyos vicios, asistimos á la trajicomedia de la Restauración, que á creer los anuncios de la empresa franco-española *Zorrilla y Compañia*, terminaria, pronto, sus compromisos en España, con un drama de gran espectáculo, hijo legítimo de la fantasia popular,

titulado «La opinión pública» ó «Abajo lo existente», puesto en ensayo, aunque sin elementos, en Santo Domingo de la Calzada, Badajoz y Madrid, y, uno de cuyos principales papeles haria, si viviese aún, el inteligente aficionado Sr. Casero, tan aplaudido en Villacampa y en Garellano, media docena de años atrás.

¡La caca... reada marcha del Baztan!

Harto arriba (bien *harto*, con seguridad) logró elevarse don Arsenio Martínez Campos en los brazos de la *fortuna*, tan generosamente partida, según voz pública, con los Pérulas y Maceos y otros personajes civiles, militares y *criminales* de nues-

tros partidos de acción, que hace poco, no tenían una de *Banco* y ahora las tienen á puñados, amén de *peluconas* con que tan buen pelo les luce; harto subió, por una chiripa, el General de la República Española, sublevado frente al enemigo bajo los algarrobos de Sagunto, (ninguno como el árbol simbólico de la Restauracion da de comer á ciertos animales, sobre todo en regiones como Tortosa, donde tantos viven de algarrobas), para que haya necesidad aun de falsificar nuestra historia contemporánea, como se falsifican académicos y quesos de bola. Seria demasiado hacérselas tragar tan gordas á las generaciones venideras.



La noticia del periódico de Santiago (no del apóstol, entendámonos, porque la corte celestial tiene su Rey de derecho *Divino* y su *Órgano* en el Corazon de Jesús) que me puso los pelos de punta y conservó como oro en paño en un *recorte* que ni los del Califa de Córdoba, Rafael Molina (Lagartijo), dice así:

«Apenas apareció la primera edicion de este folleto (alúdese al *Manual del voluntario carlista*), fué completamente agotada, á pesar de contar más de 10.000 ejemplares. Y no podía suceder otra cosa, atendida la aficion que demuestra nuestra juventud por todo lo que se refiere á la organizacion militar de nuestro parti-

do, que, sin cobrar sueldo ninguno y empobrecido por los sacrificios de dos guerras, está completamente organizado y, por decirlo así, arma al brazo, esperando que suene la hora en el reloj de la Providencia para llevar á cabo la realizacion de nuestros ideales..... Solo nos resta recomendar á nuestra animosa juventud, que estudie detenidamente tan importante Manual, pues quizá no tarde mucho la hora en que deberá reducir á la práctica las teorías que contiene.»

Hé aquí el noticion, sin quitar ni poner una letra, porque todas me parecen de *cambio*, siquiera sea de instituciones en España.

Nunca como ahora cabe decir

aquello de que: «La letra con sangre entra». ¡Si la está chorreando la noticia!

¿En qué rincón vivirá el cuco que se relama ya de gusto, al olor de la sangre carlista, en la cual empapará mañana un pedazo de pan amasado con levadura de traiciones?

Yo que llamo al pan, pan, y al vino, vino, y á los liberales, IMITADORES DE LUCIFER, así, con letras grandes, como las de cierta famosa inscripción revolucionaria contra los Borbones, por cima de la cual remontó su vuelo el *pollo antequerano*, para llegar á la monarquía restaurada, tan querida de los monárquicos de ocasión,—aconsejo caritativamente

á los partidarios del duque de Madrid que, no hablen tanto del reloj de la Providencia, sino de los de *cuco*, que han señalado, durante medio siglo, la hora— de las reivindicaciones carlistas. ¡Cuántos *cucos* han aprovechado la hora!

Ninguno como el reloj de la Providencia, que para los carlistas apunta y no da, piensan algunos tontos que no saben la hora en qué viven. Se diría, suelen añadir, que tiene música, como el de *Lucerna*; música de *marqués*, también; del..... de Cerralbo, el del soneto de las tres Hastas, ridiculizado por mi querido y respetable amigo Antonio de Valbuena que, sin te-

ner ninguna, *recoge* como un toro del *Colmenar*: perdóneme la comparación el autor de aquellas *cogidas* mortales, tituladas: «Ripios aristocráticos».

¿Pues no ha de dar la hora, para los carlistas, el reloj de la Providencia? Ya lo creo que sí; la hora..... y los *cuartos*.

Pregúntenselo Vds. al *cuco* que anteayer se llamó Maroto y andando el tiempo se llamará una ú otra cosa, puesto que de *cualquiera* se hace un general en el campo carlista. (1)

¿Qué nó? Vamos á verlo.

---

(1) Generales aguerridos y pundonorosos lo eran la mayoría de los carlistas y los hubo inteligentísimos; pero, ¡cuántos *ceros* á la izquierda llevaban entorchados en las bocamangas!

En el agitado período, tan fecundo en conspiraciones, que siguió á la Revolución de Septiembre, comia yo, con mi familia el desabrido pan de la emigración (siempre no ha de ser negro), en una modesta casita de los alrededores de Bayona.

Casi todas las tardes íbamos de paseo á la *ciudad*, convertida, por aquél entonces, en una colonia española donde republicanos de todos colores, unidos en el odio á la Majestad real, é isabelinos y carlistas con sus recuerdos y esperanzas, y sus impaciencias peligrosas y mal disimuladas ambiciones, hablando castellano, catalan y bascuence, antojábanseme trabajadores de

alguna torre de Babel, edificada para residencia del primer Magistrado de mi país.

Los principales agitadores de los dos partidos extremos, el carlista y el republicano, se confundían en animados grupos en el café del Gran Balcón, admirablemente dispuesto por su situación en la plaza de armas, para que allí se congregasen los que deseaban esgrimirlas contra el malhadado gobierno español de aquellos luctuosísimos días.

Entre los carlistas de armas tomar, de alguna significación, descollaba, por sus bigotes y travesura, un aventurero nabarro, intrigante, fanfarrón y perdonavidas, natural de Sesma,

donde obtuvo, por gracia de Isabel II, una escribanía en recompensa del *patriotismo* que le llevó de voluntario á la guerra de África, cuando el famoso tío del duque de Tetuán ilustraba el apellido de su familia, sin ayuda del gran cacique de Castellón, el renombrado *agüelo Pantorrilles*.

Mi queridísimo señor padre— á la sazón carlista de piés á cabeza, comandante de caballería de D. Carlos, y cadete, alférez y teniente, que había sido del abuelo del duque de Madrid, con una hoja de servicios inmaculada, catorce años de emigración en Francia, después del abrazo de Maroto con Espartero, y me-



recida respetabilidad entre sus paisanos, á ninguno de los cuales cedía en alientos ni en sacrificios por la *causa*—me puso, amenudo, en contacto con el aventurero nabarro de que hablo, ascendido, de no sé qué grado, á coronel de caballería por D. Carlos de Borbón y Este, (1) á quien prometió 1.000 caballos y nunca dió la tercera parte, ni aun aniquilando con escandalosas requisas y no interrumpidos

---

(1) En aquellos días de generosos ofrecimientos á D. Carlos, hubo legitimista francés, el valeroso general Cathelineau, vencedor de los alemanes en la guerra franco-prusiana—*digno de ser moreno y sevillano*, como diría Campoamor—que prometió á la causa carlista 2000 hombres armados.

Lo consigno aquí, para que ninguno me tache, por lo que digo del Sr. Pérula, de tan andaluz como este *caballero* y el general Cathelineau.



desaciertos la mayor parte de las monturas de Navarra, testigo de las fechorías del bigotudo coronel *per saltum*, allá por los años de 1872 y 1873, y alguno más tarde, regida y gobernada por el aventurero intrigante, artero rival de Mendiry, á quien le sucedió en la jefatura del ejército carlista del Norte, (1) para llevar

---

(1) Cuando destituyeron á Mendiry, fué nombrado Pérula jefe de E. M. G., en vez de general en jefe, por haber tomado D. Carlos el mando directo y personal del ejército carlista del Norte; pero no es menos cierta la desastrosa dirección de Pérula, desde su nombramiento á su reemplazo por Caserta, ni la mucha mano de aquel, en la Côte y campo carlistas durante la temporadita de los mayores desaciertos en los *consejos* de D. Carlos, ni la *combinación* militar de Pérula—nombrado Comandante general de Navarra—para facilitar, por impericia ó por traición, (Dios lo sabe, y acaso tambien el demonio) al general Martinez Campos el paso por los desfiladeros del Baztan, y á Primo de Rivera el

sus batallones al degolladero, en *Treviño*, y abrir el camino á los liberales en su marcha sobre Vitoria, y, despues, siendo Comandante general de Navarra, *desamparar* la Ciudad Santa del Carlismo, dar la mano (1) á Mar-

---

ataque á Santa Bárbara de Oteiza y la entrada triunfal en Estella.

(1) La frasecilla puede que no sea, en rigor, exacta de toda exactitud. El general Martinez Campos, ó,—valga decirlo,—*el propio cosechero*, atribuyó á razones de disciplina y estratègia la inopinada marcha de Pérula, con seis batallones, desde las montañas del Baztan á Estella, cabalmente cuando los liberales llegaban, en su *atrevida* operación, á Elizondo.

Por otra parte, y en descargo del comandante general carlista de Navarra en aquellos aciagos dias, cúpleme transcribir aquí, bajo la fé del Sr. Pirala, la nobilísima contestacion de aquél al emisario del gobierno, encargado de *reiterarle*, á última hora, sus proposiciones de paz: «no poseo más bienes de fortuna—contestóle Pérula—que mi honra. La mancha de infamia jamás cubrirá mi frente. Sangre nabarra de este pueblo de

tinez Campos en su *paseo* por los desfiladeros del Baztan y poner á los voluntarios carlistas en la *frontera*, para que fuesen desarmados, por la gendarmeria francesa, cuando dieran la hora y los *cuartos* en el reloj de *cuco* de

---

héroes corre por mis venas. ¿Puedo ser traidor? Bendiga Dios al indicado para hacer la paz, uniéndonos todos como hermanos». Hermoso lenguaje á fé mia, pero ¡por la de Cristo! que, obras son amores y no buenas razones, y, «si la ocupación del Baztan por los liberales sorprendió á unos carlistas, parece que no la ignoraban otros, que hubieran podido sino impedirla, porque no tenían fuerzas bastantes que oponer á los muy superiores de sus enemigos, si estorbarla mucho, y no dejar pasar á alguna columna, porque el terreno favorecía perfectamente la defensiva. Si en los liberales hubo excelente previsión, vióse en sus enemigos algo más que indisculpable confianza y lamentable descuido». Palabras de Pirala, en su historia de la guerra civil, que si no atribuyen á Pérula lo de *dar la mano* á Martinez Campos, tampoco significan que se me haya ido la mia, ni mucho menos.

D. José Pérula y otras yerbas, el *patriota* de la guerra de Africa y escribano de Sesma, oficial de caballería, no sé cuándo, coronel casi de sopetón, brigadier y mariscal de campo despues, jefe del Estado Mayor General del ejército carlista del norte, casi á lo último, y toda su vida, «hombre oscuro, violento en sus maneras y palabras, á quien el favor popular, puso á la cabeza del ejército» como el historiador César Cantú dice de Cares Ateniense, que, según el valiente y generoso Timoteo, «apenas era digno de conducir el bagaje.»

¿Qué les ha parecido á Vdes. el caso? Tan *sospechoso* como uno de cólera, ¿verdad?

Si para muestra basta un boton, he aquí uno de fuego, como diría cualquier albeitar de los que sirvieron á Pérula durante la última guerra civil.

¡Y, cuántas veces le ví después, á su regreso de la Capital de la *Isla*, donde unos *cargan* con una cuba de agua y otros van á *cargarse* con Cuba!

Vivíamos los dos, en Madrid, en una casita de huéspedes cuyo dueño era la Providencia de la numerosa colonia estudiantil nabarra de la villa del Oso, en aquellos tiempos en que yo lo hacia, de lo lindo, y *estudiaba*, tres ó cuatro años consecutivos, el segundo de derecho civil, sin pasar de la *compra-venta* y el *présta-*

*mo* y el *peño*, y así estaba yo de *empeñado* que, hasta unas vacaciones de Navidad las pasé, por falta de ropa, durmiendo el sueño..... de los perezosos, tan del agrado de los académicos dormilones que barbarizan, digo, etimologizan á lo Balaguer, de quien he oido contar que, á propósito de la etimologia de la palabra *barretina*, sacó á relucir los *barretes* de las armaduras de Vifredos y Berengueres, y las gorras de nuestros *ratas*, y las calles de la Montera y el Sombrerete, de Madrid, y los gorros turcos, y los de dormir, y el *Sombrero de copa*, de Vital-Aza, y el de *tres picos*, de Alarcon, y hasta los académicos *gorrones*,

aduladores y presuntuosos, que comen de *bobilis bobilis* en las mesas aristocráticas.

¡Con cuánta frecuencia he pensado en Pérula, por natural asociación de ideas, al *tropezar* con los bigotes, de media vara, de nuestro alcalde D. Julio, el hijo, como si dijéramos, de la trinidad Gonzalezca, tan venerada en los altares del caciquismo tortosino.

¿Cómo no venírseme á la memoria el recuerdo de la traición á que parece indefectiblemente condenado el partido carlista, si en la patria del general Cabrera, donde vivo hace algunos años, he visitado, más de una vez, el calabozo en que la madre del



futuro conde de Morella recibió, con los ojos llenos de lágrimas, á los verdugos que la condujeron al suplicio?

A la indecisa luz que penetra (1) en aquella mansión de muerte por una abertura hecha en lo alto de una de las cuatro paredes subterráneas, húmedas y sombrías, que no dejarían llegar sonrisas de los cielos á endulzar las últimas horas de una pobre mujer en *capilla* por el horrendo delito de tener un hijo, brillan, como reflejos de la infamia, los entorchados de la levita de uniforme del general carlista sin

---

(1) Permítaseme la palabra, porque hasta la luz parece que llega, con *violencia* y dificultad, al maltísimo calabozo.

entrañas, abrazado á los asesin-  
nos de su madre. (1)

¡Cómo se oye tocar á muerto  
en aquel subterráneo, cuando la

---

(1) «Creen muchos que Cabrera, en vista de tales ultrajes, no puede ya por su honor dejar de hacer alguna cosa; está en el deber de dar un golpe diplomático y político el más tremendo:» escribía, desaliñadamente, desde Vevey, no diré á quién y refiriéndose á las acusaciones contra Cabrera, uno de los carlistas que acudieron á Suiza, en Abril de 1870 en que D. Carlos reunió á los notables de su partido en una *junta* de perdurabilísimo recuerdo para la comunión católico-monárquica.

Pocos años después dió Cabrera *el golpe tremendo* que resonó en los corazones de millones de madres, y, sean cualesquiera los documentos del archivo del primer conde de Morella que, andando el tiempo, enriquecerán, á no dudarlo, la historia de la propaganda carlista desde el período de la revolución de Septiembre hasta el del alzamiento del carlismo, en armas, la justificación *cumplida* del general carlista dertosense reconocido por el hijo de Isabel II, la intentará, quizá por compromiso, algun descendiente del héroe del Maestrazgo; pero la estatua de Cabrera levantada sobre el cadáver de su madre, no la coronaría nadie, á no ser, un hijo maldito.....

campana del reloj de la Providencia, de que tanto *abusan* los carlistas, nos lleva los ecos de nuestras discordias civiles!

Desengañémonos de una vez.

El reloj de la Providencia, que *anda* siempre bien y apunta y da para todo el mundo, y en sentir de mis queridísimos compañeros antiguos, los partidarios de la primera rama borbónica, señalará pronto la hora de una nueva guerra civil, tiene, por lo que se refiere á la propaganda católica en España y en todo el mundo, su brillantísima esfera en el Vaticano, cuerda para todos los siglos dada por Jesucristo con las *llaves* del Cielo, y un relojero, sucesor de San

Pedro, asistido por el Espíritu Santo, según el cual ha llegado la hora de que nos unamos los católicos españoles, honestamente desentendidos de nuestras diferencias civiles, para dar la *batalla grande* á la revolución cosmopolita y anticristiana que á pasos de gigante avanza en su camino de destrucción mientras nosotros, miserablemente divididos, nos lanzamos unos contra otros con el nombre de Dios en los lábios y con el ódio en el corazón, como decia yo, pocos años hace, á varios católicos carlistas, en un modestísimo discurso, que ahora publico tal como le solté una noche á los postres de fraternal banquete

celebrado en «El Casino Tradicionalista» de Tortosa, en obsequio del Marqués de Cerralbo, duque de Solferino, Llauder, Bobadillas y otros notables del carlismo.

Urge, sobremanera, la lucha legal á toda costa, en oposición al torrente devastador del anticristianismo triunfante, de la inmoralidad pública y privada, que ha seguido á los extravíos de la inteligencia como el fruto sigue á la flor.

A la *consigna* de *Loredán*, respetabilísima para cientos de miles de compatriotas nuestros y distinta de la del Vaticano, le falta la virtud necesaria, en el actual estado de división de los católicos españoles, para conver-

tirnos á todos en una familia cristiana dignamente representada en los Municipios, en las Diputaciones provinciales y en los Cuerpos Colegisladores, principales centros de acción política en que desembocan los caminos tan clara y terminantemente señalados á nuestras mejores actividades por el más ilustre de los estadistas contemporáneos, en quien por designio providencial y para lustre de la Silla de Pedro se juntan y componen la sabiduría de los doctores en las ciencias humanas más encumbradas, y el infalible magisterio de la Iglesia, depositaria y dispensadora del tesoro de la Revelación divina.

Las inaguantables provocaciones del liberalismo radical en España y el natural batallador de la poderosa comunión carlista, encenderán, acaso, una nueva guerra civil que colme la medida de nuestras desgracias; pero la reacción vendrá, como siempre. Los conservadores liberales, enriquecidos con los despojos de la España Vieja, malbaratada por hacendistas revolucionarios que han hecho de las clases conservadoras una robusta sinagoga de *fariseos*, nos darán, una y otra vez, el beso de Judas para entregarnos despiadadamente á la revolución hipócrita y mansa que trastorna sobre seguro los fundamentos de la sociedad es-

pañola, católica y tradicional, consolidando todas las obras de perdición de las avanzadas de la masonería.

Me maravilla la ceguera incurable de los católicos españoles encadenados á la fortuna de D. Carlos, á quienes las lecciones más elocuentes de nuestra historia contemporánea no convencen de la impotencia radical de cualquier agrupación política, comprometida en una lucha de personalidades, para la propaganda social cristiana, dentro del círculo de instituciones liberales en que nos ha encerrado el poderío de las *lógias*.

La Soberanía social de Jesucristo, que no ninguna sobera-



nía de hombres, ha de librarnos de la de Satanás, tan sacrílegamente cantada por el poeta de los masones en Italia y ejercida contra la Iglesia de Jesucristo por todas las naciones del mundo que hacen profesion pública de liberalismo.

Si monárquicos y republicanos y nihilistas, en sus innumerables matices, y separados por tan capitales diferencias de religión y de filosofía, de política y administración, y mas aun que por montañas y por mares, por el espíritu de raza, se ligan apretadamente con un vínculo común á todos, el odio á la Revelación cristiana y el amor á la razón humana, divorciada de la

divina, ¿qué poder emanado de las condiciones puramente civiles de los Estados, contrarrestaría los esfuerzos de millones de hombres cuya tarea de toda la vida se reduce á descristianizar el mundo?

El poder sobrenatural de la Gracia, que aplasta la cabeza de la serpiente, restableciendo el orden perturbado por la culpa del hombre; no hay otro poder contra el del infierno.

Proclamar el Reinado social de Jesucristo, dar á Dios la soberanía de las naciones. Hé aquí el remedio seguro; lo demás, es complicidad con los enemigos de la Iglesia y atraer sobre nuestras cabezas culpables las catás-

trofes, nunca vistas, que nos amenazan como desarrollo natural de las doctrinas anticristianas inspiradas por Satanás al ejército de combatientes, que á las órdenes de la masoneria se apercibe á la gran batalla contra lo divino.

Separándonos de Jesucristo, nos hemos declarado en *huelga* por no trabajar para el cielo, y hade llegar un día en que los bárbaros del mundo moderno, dueños de los progresos materiales de nuestro siglo y envueltos en escombros iluminados por el resplandor de los infiernos, escriban, con la sangre de nuestras venas, el último capítulo de negaciones y blasfemias de

la obra *racionalista* titulada, «*Muera el infame*».....:

Gran fortuna para los católicos españoles, dirán los entusiastas de las glorias militares carlistas aferrados á la esperanza de una próxima guerra civil; fortuna grande la de creer y esperar en Dios, á fines de este siglo de incredulidad, que ha visto con asombro 70.000 soldados del tradicionalismo español defendiendo en las Bascongadas, Aragon, Cataluña y Valencia, la Religión de nuestros padres, brutalmente atacada por la Revolución que llevó al puente de Alcolea la consigna de la masonería, y nos trajo de rey al segundón de Víctor Manuel de Saboya,

(1) poco después de que las *lógias* cañoneasen la *Puerta Pía* y asentaran sobre todos los sacri-

---

(1) ¡Envidiable muerte la suya! No lo fué tanto ¡vive Dios! la de Alfonso XII.

Si las aristocráticas conspiradoras alfonsinas de que con tanto garbo nos habla en su novela «Pequeñeces» el insigne P. Coloma, de la Compañía de Jesús, han sobrevivido á D. Amadeo y á D. Alfonso y parado mientes en la última hora de los dos monarcas mayores de edad que han subido al solio de San Fernando, desde la revolución de Setiembre acá, ¡qué recuerdos podrían unir al de la famosa manifestación de *las mantillas* en el paseo de carruajes de la Castellana, tan magistralmente descrita por el ilustre novelador hijo de San Ignacio!

Y si entre las damas de la nobleza madrileña indignadas de las audacias del protestantismo en Madrid, que, días atrás visitaron al Sr. Sagasta, primer ministro de la Regencia y ex Gran Oriente de la masonería española, hubiese alguna de las *dirigidas* por Butron en aquellos tiempos de conspiraciones Alfonsinas contra D. Amadeo de Saboya, de seguro que cantaría con música de *Adriana Angot*,

Y para ver tal situación,  
Hicimos la Restauración.

Con el cerquillo de Fray Gerundio, nada más, que tuviese yo ahora, vaya una *Capilla-*

legios y todas las profanaciones el odioso edificio de la nacionalidad italiana.

Dios me libre de regatear á los carlistas el honor de haber proclamado la Guerra Santa en días azarosos para nuestra querida patria escarnecida por masones y masonizantes, que convirtieron el período de su desastrosa dominación en una série de vergüenzas para el pueblo más altivo del mundo, y una larga cadena de crímenes premeditados contra los más genuinos representantes de nuestra

---

*da* que haría, en ménos tiempo que lo digo, á propósito de la capilla protestante tan *explotada* por los conservadores liberales que han abierto una brecha, como una Catedral, en nuestra benditísima Unidad Católica.

*intransigencia religiosa*, en la que templaron sus almas nuestros indomables capitanes desde Pelayo á Palafox, nuestros legisladores indígenas y nuestros estadistas de raza, nuestros audaces descubridores y conquistadores de nuevas tierras, nuestros teólogos, literatos y artistas del siglo de oro, nuestros misioneros y civilizadores de las Américas y nuestro falange de santos; pero..... ahora no se trata de Rey, que ya le tenemos en España y por él hace votos fervientes nuestro Episcopado, como lo prueban documentos elocuentísimos familiares á los católicos españoles.

El buen combate de la fe á

que nos invita el Vicario de Jesucristo, es otro.





---

### III

—¿Cuándo se hace V. liberal?  
—preguntaba un conservador influyente al caballeroso Abdón Redín (á quién sus amigos llamaban Don-Din), católico ejemplar de la *Mancha*, interesado como aquél en varios negocios importantes á cargo de la maldita *juderia*.

—Nunca—le contestó el interpelado;—es un negocio de conciencia.

—Bueno, bueno, señor don Din.....—exclamó el panzudo conservador, llevándose las manos á los bolsillos de su chaleco, —en los negocios de conciencia,

siga cada cual su camino.—Y añadió el muy picaronazo, aproximándose á don Din...—¿cómo podríamos estar de *punta* uno con otro, por liberalismo más ó menos, *redondeándonos* á la vez?

¡Vaya un *puntazo* con todos los honores de una cogida!

Que dé su voto *Sobaquillo*, y apuesto una oreja de toro á que un puntazo así se le antoja herida de muerte.

Y si echara su cuarto á espaldas mi querido amigo Mariano de Cavia, condiscípulo mio en un colegio de Jesuitas, que dispersó la Revolución de Septiembre, y ahora jefe de las *cocinas* de un periódico *liberal*, á cuyos abonados guisa tan sabrosos *pla-*

*tos del día*, Sobaquillo, Mariano y un servidor de Vds.,—tres personas distintas, al parecer, y dos amigos verdaderos, en realidad,—opinaríamos lo mismo del puntazo del Sr. Don-Din.

Pocos mejor que Sobaquillo, por sus aficiones á la tauromaquia, y Mariano de Cavia, por ser literato de *punta*, para entender de *puntazos* por el estilo.

En cuanto á mí..... no tengo mal ojo.

Ni nuestro *Voltaire* aragonés, —como diría un fraile Agustino del Escorial, bárbaramente maltratado por Bobadilla (crítico literario mordaz, de quien Dios me libre), me las ha dado, nunca, con sus habilidades de cocinero.

Carne de cura, bien picada, suelen parecerme á la vista— porque, á Dios gracias, no los pruebo todos— muchos de los *platos* de Cávia, disfrazados de albondiguillas de borrego, y, efectivamente, lo son.

¡Pobre amigo mio Mariano! Con un talentazo como el tuyo, tan mal dirigido, ¿qué cuentas rendirás en el otro mundo, el día de la liquidacion final? Porque *allí* no te valdrian *quiebros*. En aquella *plaza*, que se gana por *oposición*... á los enemigos del alma, ni la *verónica* te salvaria.

¡Qué juicio tan terrible aquél!

Algo más que vuestro *jurado*, del que se reia con donosura cierto amigo mio, que vió en

París á una *horizontal* acusada de haber abierto la cabeza, de un botellazo, al vigésimo sexto de sus amantes y absuelta por el tribunal, del que formaban parte seis ó siete capacidades muy conocidas de la interesante pecadora, que luego de acabado el *juicio*, les *volvió* el suyo, en un banquete, á sus indulgentísimos jueces de hecho, los cuales, al otro dia tempranito, habian de juzgar á un *borrachin* acusado de abusos deshonestos con la hija de un tabernero.

¡Qué *capacidades* aquellas..... para líquidos! ¿No es verdad?

¡Pobre amigo mio del corazón, pobre Mariano, tan sutil y tan penetrante como el vientecillo

del Guadarrama, pero tan mortal para muchas almas, como aquél para los madrileños.

En hora buena que sacrifiques todos los dias en los altares de las *Gracias*; pero abre tu pecho á la divina. Los mandamientos de la Ley de Dios y los de la Iglesia, y los cánones de la belleza, son hijos del amor. ¿Cómo nó fraternizarían, mi querido amigo del alma?

No se me acuse de digresiones injustificadas á propósito de lo de Mariano de Cavia y otros apartes de mi obra: todos tienen su explicación.

Si se me ha venido á la pluma el niño mimado del periodismo liberal de la villa y córte, no es,

precisamente, por él, sino por la punible curiosidad—sí, señores, punible—de los católicos españoles familiarizados con los artículos de mi amigo de toda la vida, que maldito si tienen que ver con los de la fe.

Lo leemos todo, bueno y malo, prefiriendo á veces lo peor—si está bien escrito—como si el arte de ir al cielo no estuviera para nosotros muy por encima de todos los cielos del arte, y hé aquí lo pecaminoso.

Ríase de mí á carcajadas la señora de mis pensamientos, como digo yo en confianza cuando pondero mi devoción á la escritora coruñesa que ilumina, con resplandores del siglo de oro de